

# ADIÓS INDIA, ADIÓS

## *Oriente, Occidente (I)*

**PRIMERA PARTE.** Capítulo primero

### 1

Paco llegó hasta el fregadero tras haberse detenido un momento en el centro de la cocina. Allí se mantuvo al acecho de lo que José estaría haciendo en el estudio de la planta baja de la casa. La presencia de su amigo lo perturbaba, provocándole un incómodo malestar.

Ese desagrado ya venía de la tarde anterior, cuando Paco dibujaba en su estudio y sonó el teléfono. Descolgó creyendo que sería Estrella, su mujer, desde la escuela universitaria, pero era José. Al oír su voz tan lejana pensó que le llamaba desde India, donde vivía habitualmente tras haber desertado del ejército, pero cuando le dijo que acababa de llegar a la estación de tren de la ciudad y preguntó cómo acercarse hasta su casa, Paco supo que iba a tener que abandonar todas sus ocupaciones para atenderle. Había pasado lo mismo hacía dos años, cuando su amigo había vuelto por primera vez de India y estuvo con ellos varios meses, sometido a una hipotética clandestinidad, haciendo que todo girara a su alrededor. ¡Una total perturbación! ¡Todo lo urgente habría de ser demorado!

Por la noche, Estrella, Paco y José habían cenado juntos, como en los viejos tiempos, pero la cena la había tenido que hacer Paco: un arroquito que fue muy alabado. Él les servía y ellos hablaban. Estrella aborrecía a José desde que habían dejado de ser amantes, pero demoró bastante la conversación de sobremesa, quizás para cumplir y no tener que ocuparse más de él durante los indeterminados días de su estancia. Paco casi se durmió en el sofá, callado y aburrido...

Para colmo, ese mediodía había quedado a comer en un restaurante con su padre, que zarpaba al día siguiente en un petrolero para una nueva travesía. Aunque se trataba de una despedida, ocasiones que Paco aprovechaba para paliar sus problemas de dinero, como con José había confianza suficiente lo sumó a la invitación. Pues bien, éste se apropió de la conversación y Paco estuvo todo el tiempo en la mesa como si fuese un desconocido, escuchando en silencio las anécdotas interminables que se cruzaban su padre y su amigo, sin poder hablar en absoluto. De rabia comió demasiado, como para justificar su silencio: ¡Paco había preferido comer a hablar! ¡Le había salido de las narices!

Viendo los platos sucios de la cena, decidió fregar. Era una forma útil de matar el tiempo así que cogió el lavavajillas y abrió el grifo azul del fregadero. Mientras el agua iba cubriendo los cacharros, observaba cómo la suciedad se disolvía y arremolinaba en una espuma cada vez más líquida y turbia. Atándose un mandil y remangándose su jersey, se fijó en unos aislados granos de arroz que flotaban y se movían siguiendo itinerarios erráticos y circulares, como si dispusiesen de una defectuosa voluntad. Cerró el grifo, sumergió sus manos desnudas en el fregadero y sintió en ellas un frío cortante. Después, la suavidad de los platos lo serenó. Las sensaciones se imponían a las ideas haciendo que su cabeza imaginara una cadena biológica: abriría dentro de poco el desagüe del fregadero y el agua llena de todas esas cosas se escaparía hacia el mar y la tierra, y la tierra, a través de misteriosos procesos, se la devolvería de nuevo a él: no había escapatoria. Nada de lo que tocaba en el fregadero de su casa había dejado de moverse en un círculo perfecto y eterno de transformaciones. “¡Qué pensamiento más propicio para convivir con José!”, se dijo.

El atronador ruido de una caja de percusión lo sacó de sus abstracciones.

—¡Mierda, tío. Baja el volumen de ese tocadiscos! —gritó, y cerró con una pierna la puerta de la cocina para amortiguar el estrépito que le llegaba del estudio: una voz femenina, desgarrada, que decía algo en inglés. En medio de sus gritos creyó distinguir también la voz gangosa de José. ¿No podía disfrutar ni un momento sin hacer notar su presencia?

Paco se secó una mano en el mandil. No estaba dispuesto a claudicar tan rápidamente.

—Baja ese volumen, ¡coño! —murmuró para sí mientras abría con la mano seca la bombona de gas y encendía el calentador de agua.

José seguía gruñendo abajo, lejos, en medio de la voz amarga de una rockera que gritaba sobre una marcha, marcada por la percusión. *Pom, Pom, Póm... Pom, Pom, Póm.* Una marcha ternaria, melancólica, decepcionada... Paco pensó que era un tono moral que cuadraba bien con la impresión que transmitía su amigo: se había atrincherado esa noche en el estudio, solo, quieto. En condiciones normales no hubiera aguantado tanto tiempo en un mismo lugar. Era como si una herida oculta hubiera debilitado su vigor y doblado en parte su ánimo.

¿Ese brutal estrépito era una forma de estimularse, de regenerarse molestando a los demás? ¡Mierda!

Ahora las guitarras eléctricas amplificaban los gritos de la cantante y Paco abrió al máximo el grifo del agua caliente. Tras un instante, el calentador comenzó su rugido, azul y poderoso. La música quedó sumergida en él y el vapor del agua empezó a poblar el espacio del fregadero. Paco dejó que el chorro hirviente envolviera sus manos desnudas y cerró los ojos mientras el contraste de temperatura fue doloroso.

—¡Joder...! —exclamó, y en su ánimo volvió a no haber otra cosa que las sensaciones de una piel de rústico y artista.

## 2

José daba tres pasos rápidos sobre el cemento y después refrenaba su movimiento hasta que retomaba la marcha. Se movía cerca de las paredes del estudio y adaptaba su sinuoso avance a los múltiples objetos que tenía que sortear: lienzos apoyados en las paredes, bastidores vacíos, trozos de madera, cajas llenas de botes de pintura. Su sensibilidad no reparaba en la voz que cantaba sino sólo en el ritmo básico de la percusión:

*Pom, Pom, Póm... Pom, Pom, Póm.*

Al sentir un leve mareo, se detuvo y reposó la espalda en el muro. En medio de los cuadros de Paco, se vio reflejado en un espejo que había al otro lado del estudio. Él era una forma más, y no muy definida, entre aquella sucesión agotadora de colores y texturas.

—¡*Glouria!* —gritaba encendida la voz de la chica desde el tocadiscos.

José cerró los ojos y balbuceó para sí varias veces:

—¡Gloria, Gloria, Gloria! ¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!

Su mareo era la consecuencia del sueño y del alcohol. Apenas había dormido en las tres últimas noches, primero viajando desde Lisboa, y después pensando y bebiendo en aquel estudio, rodeado de las fantasmales creaciones de Paco, formas y más formas que lo acosaban, tentándolo con la seducción del mundo...

El frío de sus pies era tan intenso que José pensó que no iba a romper su malestar más que bebiendo de nuevo. Decidido, abrió los ojos, sumándose al coro de voces masculinas que lo animaban desde los altavoces: *Never Glouria*.

Reinició su danza y cogió un vaso sucio del suelo. Le costó no caer sobre la tapadera metálica de un bote de disolvente, llena de colillas. Cuando consiguió estabilizarse otra vez de pie, sus ojos buscaron desesperadamente algo con lo que llenar el vaso. Cerca del equipo de música y de los discos estaba la botella de licor café que había vaciado por la noche.

*Pom, Pom, Póm.* ¡Mierda, Mierda, Mierda!

Había que moverse. Allí no había nada líquido, salvo aguarrás o aceite de linaza. Se echó a andar hacia la puerta aunque seguía rastreando las esquinas por si aparecía algo.

¡Apareció él, de nuevo en el espejo! Los pantalones vaqueros y la camisa ablusonada, cuyos faldones le llegaban casi a la rodilla, no anulaban su aspecto ascético y foráneo: la oscura piel de sus tobillos, el pelo oscuro, la tez oscura y sus oscuros pensamientos perdidos en los ojos...

En el distribuidor dudó si subir al primer piso, pero finalmente abrió la puerta que se enfrentaba a la del estudio. En la inmensa estancia que se entreveía, el disco retumbaba como un sonido telúrico. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad. Las persianas estaban muy bajas. Localizó un interruptor y lo encendió.

*¡Glouria, Glouria, Glouria!*

La amarillenta luz de una bombilla pelada descubrió aquel trastero. Las paredes estaban sin revocar; el pavimento, hundido y rugoso. Había cuerdas con ropa tendida, hamacas de playa plegadas, cajas de cartón vacías, electrodomésticos y estanterías con alimentos.

*Pom, Pom, Póm.*

José entró en la estancia para inspeccionarla mejor. Notó un polvo arenoso que se le adhería a la planta de los pies, muy fríos, aún más fríos allí.

—¿¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?! —farfulló.

Separó una sábana tendida y sonrió: en una esquina, en la parte

baja de una estantería, estaban las garrafas y botellas que buscaba.

—¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!

Se acercó hasta allí y dejó el vaso en un estante alto. Se acuclilló ante la bodega para rebuscar mejor entre las botellas... Había muchas opciones. *Whisky*, coñac, vodka... Encontró una hermosa botellita de cristal tallado mediada de un licor ennegrecido. Quitó el tapón de corcho lleno de polvo y olió: ¡Licor café! ¡El sabor rústico, emigrante y caribeño que podía simbolizar a su civilización! Mientras reponía el corcho, movió su cabeza tres veces, a un lado y a otro, con energía, haciendo flotar su melena oriental.

—¡*Pom, Pom, Póm!*

Se levantó con la botella en la mano y los pies helados y polvorientos, y su nariz quedó a la altura de un archivador de cartón en cuyo lomo se leía: *Lingüística. 1975-1976.*

Se echó un paso hacia atrás. Toda la estantería estaba llena de manuales y de archivadores: *Filosofía. 1975-1976. Historia I. Sintaxis Española. Historia II. 1977.* Sus ojos maravillados recorrieron aquellos acartonados cantos blancos, primero al azar y después con mayor intención. Allí, clasificado, custodiado, estaba el pasado. En alguna medida, él estaba afectado por aquellos papeles. ¡Era increíble, como si, de repente, se encontrara cara a cara con el pecado original!

Por fin localizó algo que buscaba intuitivamente: *Literatura II. 1976-1977.*

¡*Pom, Pom, Póm!*

### 3

Paco estaba en el baño. El cansancio y el chapoteo de su orina en el agua del inodoro le adormecían. Cerró los ojos apoyando una mano en la pared alicatada y pensó de nuevo en una cadena de transformaciones. Su ánimo tenso parecía salir de su cuerpo convertido en agua y sal, como si estuviera afectado por la alquimia de la muerte que, con crueldad, reduce el espíritu a materia.

Esa noche había dormido mal y además había madrugado para llevar a Estrella al aeropuerto. No tuvo alternativa: su coche estaba en un taller de la ciudad y necesitaba el de Estrella para moverse. Fueron algo más de dos horas de carretera en las que la noche abrió paso al día mientras se disolvía una neblina borrosa y confusa.

De vuelta a casa se había quedado traspuesto esperando que José despertara. ¡Qué grato fue estar toda la mañana envuelto en la

ensoñación, imaginando cosas que no duraban nada, que ahora ya no recordaba! Acabó por dormirse y se despertó cuando ya casi era la hora a la que había quedado con su padre en el restaurante. Tuvo que llamar a gritos a José, que aún dormía plácidamente a eso de las dos de la tarde.

Paco abrió los ojos y miró el agua amarillenta cuyo flujo disminuía, hasta que se extinguió llevándose parte de su ánimo. Abrochó el pantalón, tiró de la cisterna y, al salir al pasillo, se reencontró con la voz gangosa de José:

—Paquiño, aquí está el pasado. Tienes el pasado en tu casa. Quilos y quilos de historia. Esta casa será llamada la de los Paquetes de Pasado. En los manuales de nuestra generación se hablará de los Paquetes de la casa de Paco... —y sus palabras se disolvieron en una risa silbante e insidiosa como el bisbiseo de un reptil—. ¿Me estás oyendo? No te enfades. Era una broma. Por cierto, ¿dónde lo guardábais mientras vivíais en el minúsculo apartamento de la ciudad? ¿En la despensa o bajo la cama?

A través de las escaleras le llegaba el crujido de los papeles que José abría y revisaba.

—Tú no tendrás ni idea porque éstas son cosas de Estrellita, la Luminaria. ¡Está orgullosa de su trabajo y lo guarda para cuando sea viejecita! Lo releerá al lado del brasero, sola, ¿a que sí?

A Paco no le apetecía bajar tan pronto y, como no sabía qué hacer, se detuvo esperando que algún pensamiento lo entretuviera...

Mientras estuvo despierto esa noche en la cama y José daba vueltas en el estudio, le había venido a la cabeza que en otro tiempo su amigo había estado en una cama sintiendo el calor del cuerpo de Estrella, quieto y dormido a su lado, como él lo sentía entonces. Si nunca le había molestado el pasado que compartieron, ¿por qué pensaba ahora en eso? Quizás la curiosidad: Paco conocía bien lo que Estrella sentía por José —ya no amor, sino aborrecimiento—, y hasta ahora creía saber también lo que sentía José; pero en esta ocasión su amigo le desconcertaba. Durante la cena de ayer los dos se habían hablado con aparente normalidad, como si aquella intimidad que compartieron no hubiese existido nunca.

¡Pero sí que había existido!

—¡Oh! ¡Cuánto papel ha escrito! Ella está iluminada por la chispa divina de la inteligencia. Su propio nombre lo dice. Tú te uniste a ella para hacer que con el contraste deslumbre más. ¿No es así, amigo? Un papel secundario. Paco, eres un planeta opaco que describe órbitas alrededor de la Estrella.

Aquel comentario de José le pareció desagradable a Paco, pero en realidad era cierto que Estrella era más inteligente que él. No sólo eso: vivían gracias a su sueldo regular y creciente de profesora, y no del miserable y discontinuo rendimiento de sus cuadros. Si se viese bajo el ángulo de la rentabilidad, él pintaba para entretenerse. Su profesión habría de ser la de ama de casa. Desde luego, Estrella ejercía un dominio sobre Paco que él no sabía contrarrestar rodeado de cuadros. Por ejemplo, en el camino hacia el aeropuerto Estrella había sido implacable estableciendo límites. *No dejes que te llé José. Tienes que estar en casa hasta que yo te llame. Tienes que venir a recogerme. No sé a qué hora. Si él quiere salir, que vaya solo. Que pague él.*

—¡Paco, ven aquí de una vez! También hay fotografías en el paquete: tengo aquí una automática tuya, mía y de Manuel: ¡los tres Mosqueteros! ¡Qué pintas! Estamos en medio de unos apuntes de... espera. ¡Literatura comparada! ¡Demonios! ¿Te acuerdas de eso? *La literatura y su comparación, yo las asocio con la revolución* —recitó José y de nuevo estalló su risa amarga y húmeda.

En lo alto de las escaleras, frente al ventanal que recorría todo su vuelo, Paco decidió fumarse un cigarrillo. Al colocar el filtro en la boca notó que estaba húmedo. Lo miró y sintió un sabor salado en los labios. Como no se había lavado las manos en el baño, debía de ser algo de orina. Ese jugo estaba siempre en el medio, impregnando algunas partes de su cuerpo y de su ropa sin que pudiese saber cómo rayos llegaba hasta allí. Estrella lo hubiera explicado por la general falta de higiene que le recriminaba todos los días. El humo del tabaco absorbió ese sabor, que a Paco le agradaba: era el resultado de una transgresión.

Desde allí arriba veía perfectamente el mar adentrándose lenta y suavemente en la playa. Aspiró de nuevo el cigarrillo y se sumergió en otra ensoñación. Aquel era su dominio porque era un ama de casa que venía de dejar orina en un test doméstico de embarazo y esperaba la confirmación de las sensaciones que ya experimentaba su cuerpo.

—¡Paco, aquí hay un prodigio! Un maravilloso trabajo que hizo tu esposa, calificado con tinta roja: un nueve con ocho. A sólo dos décimas de la perfección absoluta. ¡Estrella cerca de la divinidad!

Paco imaginó cómo su vientre se tensaba para custodiar un proceso biológico que lo convertía en protagonista: una razón de ser que crecía inexorablemente en su seno. La vida exterior comenzaría a disolverse bajo otra perspectiva, la de la intimidad de las entrañas, la de la voluntad de la naturaleza.

¿Qué otras cosas sentían las mujeres? ¿Mareos, bienestar? Era muy difícil imaginarlo. ¡Tampoco había que complicarse la vida porque sólo se trataba de un juego mental!

Expulsó humo de sus pulmones pensando que en sólo unas horas su orina revelaría la verdad. ¡Iba a tener un hijo! Se había convertido en invulnerable porque era depositario de un maravilloso tesoro. Dio otra bocanada a su cigarrillo, sumido en una ilimitada complacencia.

—Se titula el concepto de estructura en el *Poema de Mío Cid*. ¡La Épica! Tu señora, Paco, pugna con las gestas; convierte la heroicidad del guerrero y la ilusión del bardo en simples medios para llegar a un concepto. Rodrigo Díaz de Vivar pondría cara de Babieca si llega a oírlo, ja, ja.

Paco apenas escuchaba, suspendido en la contemplación del mar gris y en la ensoñación de cómo se transformaba su cuerpo femenino.

—Seguro que a Estrella el Cid, si se encontrara cara a cara con él, le parecería horrorosamente peligroso e indelicado. Un bruto. Paco, créeme, las Estrellas sólo toleran a los hombres débiles.

Unas pequeñitas manos de bebé rozarían la cara de Paco, aún empapada de sudor en el lecho del parto.

#### 4

Los lentos pasos de Paco descendiendo las escaleras acompañaban el ánimo de José, que caía y se sumía en un profundo desconcierto. Se había sentado en la postura del loto, y, en el espacio que sus piernas definían en el suelo, colocó los folios del trabajo de Estrella y los otros papeles que había en el archivador. Hojeándolos, un sentimiento que parecía de otro ser comenzó a invadirlo. Tardó en comprender que, inconcebiblemente, era envidia. Un aventurero como él, que no había acabado sus estudios por desprecio a los superfluos conocimientos de la civilización occidental; que había desertado del ejército, convirtiéndose en un proscrito; que había luchado contra el amor porque era un sentimiento falaz, efímero e imperfecto; que había tratado de perderse en los profundos misterios del pensamiento de la India; que allí había entrado en contacto con la miseria y la renuncia, viéndose envuelto en mil circunstancias épicas; después de todo eso, ¡se descubría sintiendo envidia de un trabajo sobre el *Poema de Mío Cid*! ¡¿Hasta cuándo podría llevarse sorpresas consigo mismo?!



¿Alguna vez cobraba la personalidad suficiente estabilidad y consistencia?

Sabía desde hacía tiempo que no. Era una de las primeras enseñanzas.

Para salir de aquella vergüenza dio un sorbo a la botella de licor café y comenzó a repetir mentalmente un *mantra* abstracto: *Aham Brahma Asmi, Yo soy Brahman*. Con esas palabras el meditador niega su confinamiento en el cuerpo y en la mente, y afirma su unidad con lo Absoluto. Eso le había dicho Ramana Maharshi, su *gurú*, antes de abandonarlo. *Aham Brahma Asmi*. Él no era aquello que súbitamente deseaba haber sido un estudioso de la literatura. Él no era nada concreto. Él era *Brahman*.

Sin embargo, a José le resultaba difícil controlar su voz interior.

—¡Una parte de este trabajo es mía! —se sorprendió diciendo en voz alta—. ¿A que no te lo esperabas? Yo tampoco... Nunca pensé que pudiera haber tenido un 9,8 en literatura. Si hubiera perseverado, hoy sería un gran hombre. ¿A que así me tendrías en más estima, Paquiño?

Hubiera tenido que arrepentirse de aquellas palabras porque reflejaban bien su desconcierto, pero no le dio tiempo. A medida que leía, los recuerdos se iban precisando, ganaban nitidez, como lo harían las grúas de un puerto en el que estuviera atracando su memoria. Vio su propio rostro, joven, más grueso, con un pelo deshilachado, rodeado de cazadoras y barbas y discusiones. Vio a Estrella, con una melena lacia y larga que le caía simétricamente a ambos lados de la cara. Sus ojos, de ordinario dulces, repasaban angustiados unos apuntes. Estaban en un café de Compostela. Afuera diluviaba y, en el interior, el humo se hacía espeso y graso. José venía de dormir en el piso del hermano de Paco, en la rúa Orfas, acompañado de una militante. Estrella disimulaba, leyendo dentro del café, y él le daba un beso a la chica para que lo viera.

Cuando Paco venía del pueblo en el autobús a pasar el fin de semana en la ciudad, José solía ir a esperarlo a la estación. Algunas veces coincidía allí con Estrella y Ana, que sacaban el billete para irse sábados y domingos a casa de sus padres. Estrella también disimulaba entonces su curiosidad cuando se cruzaban sus miradas.

En ocasiones, José iba a la estación en comando: alguien bajo sus órdenes arrojaba unos pasquines o profería violentos gritos en medio de la masa de estudiantes que hacían cola ante las taquillas. "LAS CADENAS DE LOS PRESOS SERVIRÁN PARA AHORCAR A LOS CARCELEROS". Y José, después, también gritaba: "MUERA

LA DICTADURA" y se escapaba, encerrándose en el piso con una nueva compañera que, seducida por su valor, se desnudaba y dormía a su lado soñando con una revolución que la haría infeliz.

Entre las palabras del trabajo que ahora leía José, se volvió a hacer presente con toda nitidez el momento en que la voz de Paco, al otro lado de la puerta del dormitorio, le decía que Estrella estaba allí porque necesitaba ayuda. Y José, acariciando a su compañera, le respondía: *¡Que entre! Puede pasar cuando quiera.*

—Paco, yo creo que te tienes que acordar. Ella me pidió ayuda por medio de ti. Ya entonces estabas a su servicio. ¿Recuerdas cuando le hablé sobre la evolución de la música? Era en abril o mayo, después de Semana Santa, seguro, ¿no? En la casa de tu hermano en Santiago... ¿o en el piso de Ana y Estrella? Cielos, lo tengo en la cabeza. Casi puedo verme allí. Yo hablando y ella tomando nota, y Ana mirando y tú dibujando. ¿No lo recuerdas?

José levantó los ojos y vio a su amigo detenido en la puerta mientras recorría el estudio con la vista, malhumorado.

—Está todo hecho una mierda. ¿No ves que todo está hecho una mierda? —dijo con irritación, y decididamente pasó ante José dando grandes zancadas para abrir el ventanal—. Por lo menos que se ventile algo.

Paco tenía una panza incipiente, y su aspecto acentuaba cada vez más su rusticidad. La corriente de aire frío que atravesaba el estudio desde el ventanal cerró violentamente la puerta y cesó. Paco volvió ante José con una gran bolsa de plástico negro. Farfullando palabras de disgusto, cogió la tapa que hacía de cenicero y la vació dentro de la bolsa.

Como si mendigara, José elevó uno de los folios mecanografiados estirando completamente un brazo.

—¡Aquí está! El tránsito de la monodía a la polifonía. Le otorgué mi presente con generosidad y ella lo utilizó con sabiduría. Le sirvió para sacar un 9,8 y hacer una comparación inútil entre la música gótica y los cantares de gesta. ¿Te das cuenta de que he contribuido a que hoy estés bien provisto y alimentado? —dijo, y calló acercándose a la boca la labrada botellita de licor café.

El voluminoso cuerpo de Paco, que iba y venía colocando cosas, lienzos, cuadros, y que de vez en cuando protestaba de forma oblicua y rural, era una imagen más en la mente de José.

*Aham Brahma Asmi.*

¿Por qué repetir ese *mantra*? No estaba sirviendo de nada. Su *gurú*, hombre sabio, había decidido abandonarlo con razón: las simas de la espiritualidad hindú no eran su fuerte. Tenía razón aquello que dentro de sí mismo favorecía la envidia del pasado.

Mientras Paco recogía papeles de periódico que llevaban tirados en el suelo muchos días y levantaban un polvo irritante, José sonrió. Era bueno dejarse arrastrar por el juego de su mente. ¡Envidiaba aquel trabajo! ¡Lo había decidido! Tenía que sacar partido de aquella envidia.

—Un 9,8. Hay que celebrarlo. Hay que rememorar aquel éxtasis... Me tienes que dar más licor café, pero, además, oyendo un “Aleluya” compuesto para una celebración litúrgica en Nôtre Dame. Música del Siglo XIII. Teníais un disco. Se llamaba *Música Gótica*, o algo parecido.

Paco, volcado en su frenética actividad de limpiador, provocó en José un violento estornudo.

—¡Deja de levantar polvo! ¡Coño! Busca ese disco. Era una caja con una imagen del Apocalipsis de Liébana en la portada. Anda... Ríndele un homenaje a tu amigo, confíate al misticismo... —dijo echándose a reír y tumbándose en el suelo para, al colocar la botellita en una perfecta perpendicularidad, aprovechar hasta su última gota.

Paco, recorriendo los rincones del estudio y arrugando los periódicos antes de meterlos en la gran bolsa negra que arrastraba, no prestaba atención a su amigo.

—¡Vamos! ¡Una caridad! ¡Búscame ese disco y dame de beber! —dijo José con tono mendicante, exhibiendo con los brazos extendidos la botellita totalmente vacía.

—Deja de dar la lata, tío. Búscatelo tú, si quieres —le respondió Paco.

—Confía en la gratitud de los amigos, *Brahman* —refunfuñó José mientras reptaba hasta las cajas de cartón en que estaban los discos.

Aún estornudó una vez más, levemente.

Saliendo del tocadiscos, las voces de un coro eclesiástico se detenían largo tiempo en una misma sílaba, y José se sobreponía a ellas con gruñidos muy sentidos.

—Aleluya —dijo.

El estudio había cobrado la majestuosidad de un templo, inundado por aquella música limpia y por el frío exterior que penetraba por el ventanal entreabierto.

Paco, que se había sentado en un taburete alto de dibujo, miró a su amigo retirando de delante de los ojos el suplemento dominical que hojeaba: en medio del cemento, José parecía una gran forma mineral, y los documentos, dispersos a su alrededor, lotos o nenúfares sobre los que él se sostuviese. Su larga melena casi le tapaba la cara, ahora volcada en las operaciones de sus manos, que deshacían cigarrillos, acumulaban las hebras del tabaco sobre una hoja y colocaban los filtros sobrantes en otra.

“Aleluya”.

—Por favor, un poco más de bebida —dijo sin desviar su mirada de las hebras de tabaco que caían de sus manos en el papel mecanografiado y amarillo.

Paco se giró en su taburete hasta darle la espalda y encarar el ventanal que se abría a la playa.

—Espera un poco. Ya has bebido mucho. Déjame ver lo que ponen hoy en la televisión.

Apoyó el periódico en la mesa alta y leyó:

—Hay fútbol, pero tarde, a eso de las once y en diferido: Real Madrid, Inter de Milán. A las diez una película cojonuda. *Senderos de Gloria*.

—¿No es un rollo militar? —preguntó José.

Paco leyó el argumento:

—*Unos soldados son fusilados de forma injusta. Habían sido acusados de cobardía por un general ambicioso que, para obtener un nuevo honor, los condujo a una operación suicida que fracasó.*

—Joder, Paco, era lo que me faltaba: un desertor como yo perdiendo toda la noche viendo un alegato antimilitarista.

—Pues yo no pienso andar por ahí de un lado para otro, ¿me

oyes? Es probable que mañana tenga que recoger pronto a Estrella en la estación. Llamaré para confirmarlo y no tengo ganas de complicaciones. A ti también te vendría bien descansar.

Sin darse por aludido, José había cogido una gran china de cañamo índico de un paquetito de papel de aluminio y se disponía a quemarla para distribuirla en varios canutos. Era evidente que no quería comprometer ningún plan. Le gustaba tener todas las opciones abiertas, dejar que todo fuese posible.

El aroma del hachís inundó el estudio mientras, por el contrario, Paco pensaba lo bueno que sería encerrarse en casa y perderse en una historia que les pasaba a otros: prolongar el ensueño, no tener que hablar de nada, quieto, en silencio, con la mirada perdida en una pantalla luminosa... Llevado por ese ansia, pasaba mecánicamente las hojas del periódico hasta que un anuncio de leche infantil le hizo recordar una obligación pendiente.

—Cuando llame Estrella me tendré que acercar hasta el bar de la playa. Ayer tuve que pedirles dinero a los dueños para preparar la cena. No teníamos gran cosa en la nevera y no me llegaban las pelus. Podías acompañarme y dábamos un paseo.

José contestó cantando:

—¿Dónde está el papel de liar, que no lo puedo encontrar?

Paco giró sobre su taburete y vio a José rebuscar en los bolsillos de su camisa.

—Aquí está el cabronazo —dijo enseñando un paquetito rojo. De él sacó un pliego y comenzó a rellenarlo de tabaco y hachís—. Estoy acabando mis reservas de cannabis de Uttar Pradesh y cuido con amor los restos, ¿a que te parece bien?

Había preparado una boquilla doblando un trozo de cartón de la cajetilla de tabaco y, después de colocarla, acercó el papel a la boca para sellarlo con saliva.

—Ya que no me invitas a beber podrías contarme cosas. Sé algo sociable —comentó José, depositando muy ceremoniosamente el primer canuto que había modelado en otro documento escrito a máquina que estaba en el suelo. Luego cogió otro pliego de papel para liar un nuevo canuto—. Por ejemplo, ayer no me dijisteis de quién fue la idea de hacer esta casa.

Paco demoró un poco su respuesta.

—Fue una oportunidad. Queríamos dejar el apartamento de la ciudad y mi estudio. Un conocido nos informó de que el dueño de esta casa quería deshacerse de ella. Estaba en construcción y tenía

problemas para acabarla. A Estrella le gustaba vivir fuera de la ciudad. No estaba mal tener tanto espacio para el estudio. En la ciudad sería carísimo.

—Tienes que comprender que me parezca fatal que regatees licor café si tuvisteis dinero para comprar este palacio —replicó José, y miró maliciosamente a Paco mientras deslizaba el extremo del papel de un nuevo canuto por la lengua.

Paco sonrió. ¡Era admirable su habilidad para conseguir lo que quería!

—No te creas que todo fue dinero. Aquí trabajé como un cabrón, haciendo de albañil, de carpintero. Cuando la compramos sólo estaba acabada la estructura. Fue un trabajo de titanes —dijo al tiempo que dejaba su periódico en la mesa de dibujo y se dirigía a la puerta del estudio.

—Tío, eso fue lo que siempre me pareciste, ¡un titán! —exclamó José.

Mientras una corriente de aire cerraba con estrépito la puerta del estudio, Paco encendió la luz del trastero. Allí las voces del disco parecían perderse en un inmenso claustro monacal, acompañadas de la voz velada de José:

—Aleluya.

Paco cogió una garrafa forrada de mimbre de la parte baja de la estantería y regresó con ella al estudio.

José ya había completado su trabajo: sobre un folio, extendido como un mantel sobre el cemento, se desplegaron en fila tres gruesos canutos. Los contempló un tiempo con seriedad, acabó cogiendo uno como si sólo quisiera calibrarlo y, luego, calmamente lo acercó a los labios.

—Ya no me queda nada, Paco. Antes de que se extinga el último de estos amigos tengo que reponer mi cannabis. Lo que consiga no será lo mismo: la pureza de India desaparece tras pasadas sus fronteras.

Se oyó el chasquido del mechero y una espesa nube de humo se expandió junto con las oscilaciones de las voces místicas.

Paco buscaba un vaso. Al menos tendría que haber uno que José hubiera utilizado esa noche.

—¿Dónde has metido tu vaso? —preguntó.

—Uno andaba por aquí y otro está arriba en la habitación. Ha sido un cenicero cojonudo desde que me acosté. Pero aquí tienes una

preciosa botellita tallada, digno recipiente para ese maravilloso elixir surgido de las manos de tu abuela.

—Eres un auténtico guarro —repuso Paco.

José le extendía la botellita, y Paco la cogió y la apoyó en el suelo al lado de la garrafa. El tamaño de sus respectivas bocas era completamente diferente. Era aconsejable buscar un embudo. Había uno en la cocina.

“Aleluya”.

José había cerrado los ojos y expiraba lentamente una gran columna de humo.

—Estoy viendo a tu abuelita en el cielo. Se le ha reconocido como un gran mérito haber dado de beber al sediento —dijo, y calló.

Paco lo miró. Era el otro recipiente en que acabaría aquel licor negro que reposaba en la garrafa.

—¿Sabes? Ahora que ha muerto, siento que quería mucho a tu abuela —añadió José—. En realidad era también mi abuela. Estuve más tiempo con ella que con la mía. Tu padre también es una especie de segundo padre mío. ¡Te das cuenta, Paquiño, de que somos casi como hermanos!

Concluyó de hablar aspirando de nuevo con fuerza el canuto y después se lo tendió a Paco, como si tratara de sellar su hermandad.

Paco acabó cogiéndolo y, al aspirar el humo del cáñamo, elevó los ojos del suelo y los perdió en la profunda lejanía del mar.

—Mi abuela estaría encantada de que fueses tú el que acabase este licor café. Es el último que me queda hecho por ella —dijo lleno de fervor.

Su abuela quería mucho a José. No había olvidado nunca el momento en que un cabo y un número de la Guardia Civil se presentaron en su casa reclamándolo porque se alojaba allí mientras su familia iba de viaje. Ella lo arrancó del lado de Paco, con el que jugaba, y lo llevó a donde los guardias que, brutalmente, cuadrándose, le dijeron que sus padres habían muerto en un accidente de tráfico cerca de Aranjuez. Sus cadáveres llegarían al pueblo al día siguiente. La abuela, sollozando, quiso abrazarlo para protegerlo, pero José, con doce años de vida en casas cuartel de la Guardia Civil, la rechazó con una mirada firme y se mantuvo erguido, sin apoyos, temblando como un enfermo, hasta que se marcharon los guardias. "Eran subordinados de mi padre", dijo después para explicar su conducta orgullosa.

Al devolverle el canuto a José, Paco decidió arriesgarse. ¡Nada de embudos! ¿No tenía acaso la suficiente habilidad para controlar aquella operación? Cogió con las dos manos la garrafa y apoyó su

boca en la de la botellita. Levantando la base, hizo que el negro licor comenzara a deslizarse lentamente por el interior de las paredes de cristal tallado. En aquel momento ansiaba complacer a su amigo; proporcionarle lo que deseaba.

“Aleluya”.

Todo marchaba bien. Separando un poco la garrafa de la botella, consiguió que aumentara algo el flujo del trasvase. Su pulso se sostenía con precisión y regularidad. El humo del hachís hacía más intenso el ambiente litúrgico del estudio como si José, que se había levantado y daba vueltas alrededor de Paco y del licor café, fuese un incensario humano que homenajeara a esos dioses. Con gran lentitud el nivel del licor iba elevándose en la botellita.

De repente la voz de José irrumpió con un tono hilarante y metálico:

—¡Coño! Me olvidé de comentarle a tu padre algo sorprendente. Ayer, en el trayecto hasta tu casa, vi a unos tíos manifestándose en el pueblo: un buen puñado de hombres protestando porque durante unos años les van a dar una paga con la condición de que no trabajen —decía mientras seguía andando y, de vez en cuando, se detenía ante un cuadro y lo separaba para ver otros que estaban apoyados detrás—. ¡Hasta el taxista que me traía se descojonaba! Cuando les conceden la máxima aspiración de una mente sana, protestan. ¡La vida es maravillosa! —concluyó.

—Eso es una simplificación. Van a cerrar parte del astillero y mucha gente va a perder el empleo.

—En el periódico dicen que les van a pagar hasta que se jubilen.

—Bueno, pero habrá menos empleos para sus hijos y, en todo caso, perderán ingresos.

Súbitamente José se puso delante de Paco, agachándose para mirarle a los ojos. Le costó trabajo no perder el equilibrio.

—Paquiño, es una mierda burguesa. Yo vengo de un país donde la gente muere dignamente de hambre y aquí se protesta por no poder seguir comprando calcetines de marca. ¡Están locos estos romanos!

Luego se levantó dando una nueva calada a su canuto, y se alejó continuando su movimiento orbital y circular.

Paco lo miró un momento.



—¡Qué fácil es hablar cuando no se tienen obligaciones! —dijo con amargura, hasta que una sensación de humedad en las rodillas le hizo callar.

Instintivamente separó la garrafa de la botella y la dejó en el suelo. En sólo unos segundos una enorme mancha de licor café se había extendido por el cemento y continuaba expandiéndose.

—¡Mierda! —exclamó.

—“Aleluya” —cantaron las voces monásticas.

—La psicología sindical es algo abominable, Paco —dijo José, que le daba la espalda mirando un cuadro—. Reconócelo. A poco que uno escarbe, aparece la mentalidad del siervo. Sólo se reacciona ante el precio del salario o ante el pánico de la inseguridad. Todo lo que suene a libertad y riesgo causa terror.

Paco apenas atendía: se había quedado inmóvil, abatido por su mala suerte, separando con un papel el licor café de sus rodillas.

—¡Mierda! —dijo de nuevo.

El timbre intermitente del teléfono sonó en el piso superior, y José, como movido por un resorte, se echó a andar en dirección a las escaleras.

—Puede ser para mí —dijo con un tono gangoso.

El cáñamo y el alcohol hacían torpes e inestables sus ademanes, que él creía ágiles. Los timbrazos se reiteraban y él no acababa de llegar hasta el teléfono.

Paco se levantó: sólo faltaba que fuese Estrella y que creyese que no había nadie en casa.

—¿Sí? —se escuchó por fin que decía José descolgando y, después, la corriente de aire desde el ventanal disolvió el humo del hachís y cerró violentamente la puerta del estudio arrastrando papeles mecanografiados contra el fondo lleno de bastidores y rollos de lienzo sin montar.

Paco volvió a mirar la negra mancha de líquido espeso que se expandía en el suelo.

—¡Mierda! —murmuró una vez más.

Inmóvil y con los ojos obsesivamente concentrados en la forma circular que el licor café extendía en el suelo, Paco se refugió en sí mismo compadeciéndose. Oía a lo lejos la voz de José dialogando con el teléfono y sabía que Estrella estaba al otro lado, en Madrid, en un hall de una facultad de Letras, progresando, pero eso ahora a él no le servía de nada.

—Que Estrella te diga a qué hora llega mañana —gritó a las escaleras y se desentendió de ellos. Él tenía una tarea: ¡limpiar! Aquella gran mancha negra era una creación de su torpeza. Para absorber todo aquel líquido necesitaría mucho papel, y casi todo el que había disponible lo acababa de recoger en la bolsa negra que había dejado en una esquina. Tenía que buscar alguna alternativa.

Se agachó para retirar la botellita y la garrafa, colocándolas cerca del ventanal y, de paso, cogió el periódico, que podía servir. Separó hoja a hoja y las colocó ordenadamente encima del líquido. Cuando había cubierto toda la mancha, dejó el resto del periódico en el suelo y esperó unos momentos. Confiaba en que el papel se empapase y fuese cambiando su color grisáceo por el oscuro tinte del licor.

Para verificar aquella transformación, Paco se fijó en la gran fotografía de la portada con la protesta de los astilleros, y, en concreto, en el gesto airado de uno de los obreros que había quedado muy cerca de sus pies. Tenía el rostro embozado con un jersey y se aprestaba a arrojar una piedra enorme. José había dicho que aquellos obreros expresaban el miedo a la libertad y al riesgo.

¡Qué fácil le era a él hablar, dar lecciones de gallardía!

Sus padres le habían dejado en herencia acciones de una compañía aseguradora inglesa, que le daban un rendimiento regular; además, venía de lejos y nadie podía contrastar sus aventuras, como las que les contó ayer a Estrella y a él durante la cena: José circulando en medio de grandes tumultos en Delhi la misma noche en que asesinaron a Indira Gandhi; o rescatando con intrepidez a un niño que un desprendimiento, provocado por el monzón en Allahabad, arrastraba hacia un río turbulento; o ayudando a un amigo, Asmir o Rasmí, a transportar el cadáver de su padre en un *motorikshaw* desde Delhi a Benarés, para incinerarlo al lado del Ganges y esparcir en el gran río sus restos; la India, ese amplio espacio para la fabulación.

Sin embargo, Paco recordaba a José lleno de miedo, perdido en un acoquinamiento que le hacía huir ante cualquier amenaza. Cuando

eran niños, Paco era el que poseía el arrojo y la valentía, Paco era el protector.

Aquello no se empapaba. El papel estaba seco y las imágenes permanecían nítidas. Paco esperó aún un momento, y después se agachó, presionando en varios puntos con un dedo. Entonces, pequeños círculos oscuros se fueron extendiendo por el papel, manchando la fotografía: la oscura tensión y la oscura violencia.

Paco se preguntó por qué ahora entre él y José afloraba con tanta facilidad la animadversión o la maledicencia. Sería bonito recobrar el clima afectuoso e íntimo que antes presidía su amistad.

Se le vino a la memoria la mirada de gratitud que José le había dirigido de niño cuando Paco había golpeado al crío que, desde que habían salido de la escuela, lo acompañaba trazando rayas de tiza en su zamarra y lo insultaba; o la emoción que él mismo había sentido cuando José se escapó del Colegio de Huérfanos de la Guardia Civil en Madrid para acompañarlo en el entierro de su madre. Sí. No era justo tachar a José de cobarde. Había ganado en atrevimiento con los años. Él era testigo. También lo era su padre. Durante la comida, los dos habían rememorado el regreso accidentado que hicieron juntos en el anterior viaje de José desde el Oriente. Aquel regreso había sido una decisión de su padre. Coincidieron en Karachi por casualidad. La naviera había mandado a su padre a Pakistán para reparar un viejo barco que alijaba mineral; José había llegado hasta allí desde el Laddak, recorriendo la cuenca del Indo. Estaba enfermo de agotamiento en un hospital en el que una noche ingresaron a un marinero español de la tripulación al que habían atracado al salir de un prostíbulo. El padre de Paco consiguió enrolar a José para traerlo hasta Gibraltar gracias a su falso pasaporte británico. ¡La gran epopeya de la peregrinación desde Leh hasta la puerta occidental del Mediterráneo!

En realidad era bastante irreflexivo y arriesgado que José hubiera regresado. Era un desertor y un proscrito, y podría ser detenido. Pero, además, Paco no entendía muy bien por qué lo hacía. Cuando se marchó la última vez, creyó que no volvería a verlo nunca; que realmente iba a perderse en las cumbres místicas del Himalaya siguiendo los pasos de Fernando, el amigo con el que había ido a India por primera vez y que se había quedado allí como monje. Daba la impresión de que aquello era lo que quería hacer en la vida. Se había pasado los meses que estuvo en España predicando como un misionero pesado, despreciando la vida secular del occidente, añorando la quietud de espíritu que parecía haber encontrado peregrinando a través de las altas montañas o de los llanos desiertos silenciosos, y, sin embargo, había vuelto...

Las manchas que habían surgido de los distintos puntos del papel se habían unido, confundiéndose en una forma continua. Paco arrugó los pliegos empapados y los levantó. Se acercó a la bolsa y metió en ella los papeles mientras José, que era la causa de todo aquello, hablaba arriba por teléfono, sin hacerle puñetero caso. Como decía Estrella, en realidad José sólo daba de sí mismo a los amigos lo que podía costarles dinero: su hambre, sus ganas de divertirse, su interés por cosas exóticas y caras...

El polvo acumulado en la bolsa y adherido a los papeles se mezclaba en las manos de Paco con el espeso licor.

—¡Mierda! —farfulló.

Con lo que quedaba del periódico consiguió absorber casi todo el licor café. El resto lo extendió en el suelo. En el cemento oscuro quedó una amplia zona ennegrecida y un olor azucarado en el ambiente.

Paco presionó los papeles mojados contra el fondo de la bolsa para poder cerrarla. Abrió el ventanal para ventilar algo y, arrastrando la gran bolsa negra, salió del estudio. La puerta volvió a cerrarse con estrépito, empujada por la corriente, y dejó que la voz de José acompañara los pasos de su amigo mientras subía las escaleras:

—Nosotros hemos oído música gótica para concentrarnos y apoyarte en tu conferencia. ¡Oh! Tu hombre aparece por las escaleras —dijo José, desde lo alto, mirando a Paco—. Aquí está. ¿Quieres que te lo ponga al teléfono?

Paco pasó de largo y dejó la bolsa en la cocina.

—Tu señora quiere verte mañana a las ocho en la estación. ¿Nada más? Ahora le cuento a Paco tu gran éxito. Adiós.

José colgó.

Mientras se dirigía al baño, Paco observó a su amigo. Cogía la colilla apagada del canuto de un plato de adorno que estaba encima del aparador del hall y que había usado de cenicero. Se la puso en los labios y la encendió acercando peligrosamente el mechero a la cara. Exhaló una bocanada de humo y rebuscó algo en los bolsillos de su blusa y del pantalón.

—Estrella está exultante. La han felicitado por su conferencia. Sobre todo un profesor italiano muy prestigioso. Casándote has dado un braguetazo impresionante. En unos años tendrás en casa una catedrática.

Su voz sonaba distraída como si, teniendo su mente en otra parte, sólo hablase para rellenar un silencio embarazoso.

Paco abrió el grifo del lavabo y extendió en las manos una gran cantidad de jabón líquido para quitarse el pegajoso licor café. Cuando salió del baño, José comenzaba a marcar un número en el teléfono. Se apoyaba en la pared del hall y sostenía el auricular prendido entre la cara inclinada y el hombro encogido. Con una mano marcaba y con la otra mantenía cerca de los ojos una pequeña libreta roja.

Por rutina, Paco abrió la puerta de la habitación de invitados. En la mesilla de noche estaba el vaso que José había usado de cenicero, sucio con el poso del licor y dos colillas. La cama estaba sin hacer, pero él estaba cansado. Recogió el vaso y cerró la puerta dejándolo todo intacto. Se encaminó a la cocina. El aroma del hachís se había extendido por el hall y el pasillo.

Paco sintió un desagradable sabor en la boca. No le había sentado bien fumar. Cogió de la nevera una manzana y comenzó a comerla detenido en el centro de la cocina, mirando a la playa. La acidez de la fruta le distrajo.

—¿Sarahi? —decía José dirigiéndose a alguien que había descolgado el teléfono al otro lado del hilo, en un lugar incierto que Paco no adivinaba. ¿Sería capaz de estar llamando a la India?

—¿Eres tú?, soy José.

Al menos hablaba en español. Sí. Sarahi era un nombre que a Paco le sonaba; alguna de las amigas de José en Madrid. No había peligro. La llamada era nacional.

Le dio un nuevo mordisco a la manzana y el limpio olor a jabón de sus manos se le mezcló en la boca con el sabor ácido y fresco de la fruta.

## 7

Los vínculos entre José y el resto del mundo se concentraban en el teléfono. Con la libretita delante de los ojos, mientras marcaba de nuevo con lentitud repitiendo en voz alta los números, trataba de creer que antes se había equivocado, pero no le abandonaba la íntima convicción de que no era así.

—Cero y cinco —farfulló, y detuvo la respiración aguardando el tono.

¿Qué iba a hacer si volvían a decirle "Se ha equivocado, aquí no vive ningún Ángel ni ninguna Sara"? Ahora no había duda; tenía la certidumbre de que había marcado el número del teléfono de sus

amigos, el de la casa destartalada de Madrid en la que vivían desde hacía ocho años y que él les había ayudado a conseguir. ¿Cuántas veces pudo haberlo marcado? ¿Más de cien? Desde India al menos treinta para cerrar muchos acuerdos y aliviar alguna melancolía. Sí: acababa de marcar el mismo número de teléfono que antes, desconcertado, comenzó a repetir en alto para que al otro lado del hilo le confirmaran que efectivamente se había equivocado, que había marcado mal, pero colgaron. Siguió un rato diciéndole "Cuatro, cero y cinco" a un silbido hiriente como una traición.

Cuando, en Lisboa, José le entregó a Sarahi las bolas de opio que traía de India, ella quedó en informarle en dos o tres días de cómo había resultado la venta. Desde que la había telefoneado en Delhi para proponerle el trato, Sarahi se había movido buscando clientes. Siempre que habían hecho negocios le había respondido con legalidad. José le había dado el número del viejo teléfono de Paco, el del apartamento de la ciudad, así que, cuando llamó desde la estación y comprobó que Paco ya no vivía allí, empezó a preocuparse: la comunicación con Sarahi dependía de él.

José localizó a Paco a través de Giuseppe, otro amigo que seguía viviendo en la casa de sus padres, fijo como una roca, el puntal invariable que permitía que, a pesar de los movimientos independientes de todos los demás, los contactos y las relaciones se reestablecieran. José llamó a Sarahi desde la misma estación para darle el nuevo teléfono, pero no le contestaron. Repitió el intento tres veces más a lo largo de las últimas horas, pero nunca había nadie...

Llegó a preocuparse. Quizás hubieran detenido a Sarahi. A lo mejor la salud de Ángel se había deteriorado. Podría estar ingresado en un hospital, sumido en un coma causado por una sobredosis de morfina... Había algo triste en Sarahi cuando, al despedirse en Lisboa, le dio a José trescientas mil pesetas y un beso melancólico. ¿Estaba sufriendo por causa de la enfermedad de Ángel o simplemente ya pensaba en cómo iba a decirle a su amigo con una voz forzada "por quién pregunta, se ha equivocado"?

El teléfono seguía sonando en aquella otra casa, en Madrid, donde había estado tantas veces; donde se había refugiado; donde había concebido grandes proyectos con Ángel; donde, en ocasiones, Sarahi lo había alimentado; donde había decidido desertar.

¡Descolgaron! y José se emocionó.

—Sarahi, ¡por fin!

La misma voz de antes le contestó:  
—¿No le he dicho que aquí no hay ninguna Sara?

Era ella, no había ninguna duda.

—¿Pero qué coño te pasa? ¡Déjate de monsergas, Sarahi!

—No me moleste más —repuso la voz al otro lado con irritación.

José temió que volviera a colgarle.

—¿Pero qué pretendéis? ¿Por qué me hacéis esto? —dijo casi suplicando para después añadir con un acento abatido e indignado—: ¡Esto no se le puede hacer a un amigo!

Hubo un silencio y, después, la voz del teléfono habló de nuevo con tono enérgico:

—Yo llevo aquí sólo dos semanas. No tengo ni idea de cómo se llamaban los anteriores inquilinos.

Luego se calló unos segundos para, de inmediato, volver a hablar, pero zozobrando, con un deje de amargura y debilidad:

—No vuelvas a molestarme más... por favor —pidió.

—Sarahi... —replicó José, pero ya le había colgado.

Nuevamente el silbido de la traición quedaba suspendido en su mente. Era el doloroso mensaje que, de parte del resto del mundo, le traía el teléfono.

José concentró la vista en el ventanal que acompañaba el vuelo de las escaleras hasta la planta baja del edificio y dejaba ver el mar rompiendo levemente en la playa.

Lo más constructivo era estructurar una venganza, y para eso era necesario razonar. ¿Cuál podría ser la causa que justificase la actitud de Ángel y Sarahi?

Era triste reconocerlo, pero las razones más consistentes eran vulgares. ¡Desearían vender el opio y quedarse con la ganancia! Así de simple. Necesitarían el dinero y sería magnífico no tener que compartirlo con José ni con Hari, el socio indio que había aportado el capital. La vulgaridad lo explicaba todo: José trajo el opio a Europa porque necesitaba dinero para su billete de regreso; Hari le pagó a José para que le transportara el opio y lo vendiera porque necesitaba mucho dinero para hacerse dueño de un negocio en Mallorca; Sarahi traicionaba a José y a Hari porque también necesitaba dinero para cualquier cosa...

¡Era una hipótesis convincente!, pero su venganza tenía que construirse sobre la certeza.

Una idea surgió en su cabeza: un comprador podría asegurarse de que Ángel y Sarahi lo traicionaban por dinero. ¿Quién podría ser ese comprador? ¿Paco? Imposible: tendría que darle demasiadas explicaciones. ¿Hari? Tarde o temprano tendría que ponerlo en antecedentes. Él era quien se jugaba más en esta historia. Si lo introducía ya en la trama, en el futuro se ahorraría muchas explicaciones. Los dos se solidarizarían compartiendo la traición de que eran objeto.

Buscó en la libretita y descolgó de nuevo el teléfono.

La voz de la chica que le habló era dulce y tenía resonancias mediterráneas. Debía de ser la mujer de Hari.

Hari no estaba en casa sino en el disco-pub que tenía alquilado en Andraitx y que quería comprar con el opio. La mujer esperó un momento a que José encontrara un bolígrafo en un cajón del aparador del hall para darle el número.

Nada más colgar, José marcó el número del pub de Mallorca y la voz de Hari le respondió al otro lado del teléfono.

—¿José? Qué alegría oírte. Menos mal que das señales de vida. Estoy desesperado. Necesito el dinero en diez días como muy tarde.

Hari siempre hablaba demasiado y arrastraba las palabras deleitándose en su español rudimentario y expresivo.

—Para de hablar, tío, y escucha —dijo José, y, con crudeza, puso a Hari en antecedentes de sus problemas.

—Es una enorme desgracia. ¿Qué voy a hacer ahora? ¡Oh!, qué triste vida me espera. ¡Ayúdame Visnu! ¡Ayúdame Parvati!

—Vamos. Déjate de lamentos. Tú llamas y dices que necesitas adormidera: heroína, pero aún mejor opio. Te ha hablado de ellos Carlos. Es el contacto más fiable que tienen. A ver qué te dicen. Cuando sepas algo, me llamas. Venga, que te digo los teléfonos.

Al otro lado de la línea, Hari pidió que le trajeran bolígrafo y papel aprovechando el intervalo para quejarse de nuevo.

—El teléfono de Sarahi es el nueve, uno... —dictó José y completó los números ya muy familiares sin perder de vista la libretilla roja.

Le hizo repetir a Hari todas las cifras, por si acaso.

—A mí me localizas en este teléfono —añadió, dictándole a continuación los números que estaban escritos en el centro del círculo gris del teléfono de Paco—: Hazlo rápido, Hari. Te espero.



Paco se encolerizó al escuchar cómo José le daba su número de teléfono a alguien relacionado con el tráfico de estupefacientes.

¡Era intolerable!

Arrastrado por su ira se había plantado en la zona que unía el pasillo y el hall aún antes de que José colgara el teléfono.

José lo miró con desconcierto, y, cuando trató de dirigirse hacia la cocina, Paco lo frenó empujándolo con el vientre con una energía excesiva. José retrocedió trastabillado y tuvo que apoyar violentamente la mano en la pared que había a su espalda para no desplomarse en el suelo.

—Tío, pero ¿qué haces? —dijo desde una postura forzada.

Paco extendió su brazo y señaló a José, fulminándolo con la mirada.

—Esta casa es mía —dijo—. Aquí tú no haces lo que te da la gana, ¿entiendes? No quiero que mi número de teléfono circule en las agendas de los que trapichean contigo. No me da la gana, ¿sabes? Promete que no lo vas a hacer más. Si no, te pongo de patitas en la calle y no te dejo volver a entrar en la puta vida, ¿me oyes?

José estaba pálido y trataba de recomponer la figura en el reducido espacio que había entre la pared y Paco. En un raptó de orgullo miró con desprecio a su amigo mientras se frotaba la dolorida muñeca de la mano que había utilizado para apoyarse.

—¿Crees que me importaría tanto? —repuso desafiante.

Paco le respondió abriendo violentamente la puerta de la calle.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? —preguntó, invitándole a salir.

José entornó los ojos para evitar el deslumbramiento que la luz exterior producía en sus pupilas, dilatadas por el hachís. El frío que entraba por la puerta era más desagradable que el gesto provocador de Paco. ¿Se trataba de una simple coincidencia o de una confabulación? Todos sus amigos se conjuraban para arrinconarlo, para traicionarlo. ¡Todo el universo rechazaba a José!

—Eres un discípulo aventajado de Estrella, Paquiño. En mi viaje anterior fue ella la que quería echarme de vuestro apartamento, pero esperó unos cuantos meses. Hoy tú lo haces a las veinticuatro horas de habernos reencontrado —dijo.

—Solo con pedir disculpas te puedes quedar el tiempo que quieras

—repuso Paco aún manteniendo abierta la puerta.

José ya había vivido aquella situación porque, de vez en cuando, Paco se atrincheraba en una exigencia radical y gustaba de imponerla, como reafirmación de su valía. La humillación a que obligaba a los demás se guardaba en su ánimo como la provisión de un avituallamiento: lo alimentaría en otros momentos de aislamiento y debilidad.

A José le dolía la muñeca y había comenzado a tiritar. Ciertamente no tenía ninguna gana de marcharse de esa casa. Había aprendido en India el digno cinismo del mendigo y, por eso, no le resultaba demasiado difícil plegarse, exteriorizando una sumisión que no comprometía su orgullo.

—Paquiño, Paquiño. Perdona a este gran pecador que ha profanado tu santuario —dijo mientras comenzaba a andar—. Estoy arrepentido. Grítame con ese dedo acusador ¡*Arrepiéntete!* y yo te diré ¡*Sí!*

Alejándose en dirección a la cocina, aprovechó su discurso para franquear la posición de Paco, que lo miraba con desconfianza. Ya en terreno libre se dio la vuelta y miró fijamente a su amigo:

—Tú me dices, ¡*arrepiéntete!* y extiendes el dedo como Dios expulsando a Adán del paraíso, y yo, humilde y dispuesto a aceptar la penitencia, te digo ¡*Sí!* —Volvió a darle la espalda y añadió—: ¿Ya estás contento, amigo inigualable? ¿Habrá algo de comer en la cocina?, y podré cogerlo porque fui bueno, ¿no?

Paco cerró la puerta exterior y vio alejarse a José. Se movía con dificultad, como un convaleciente de alguna enfermedad sin esperanza.

—Eres un inconsciente. Comprometerme y tentar a tu propia suerte sabiendo que te pueden detener y meter en la cárcel —comenzó a decir acercándose a la cocina—. Y además con un rollo totalmente convencional: un vulgar traficante...

José comía una manzana, indiferente a esos comentarios. Paco lo observó con detenimiento desde el quicio de la puerta. Estaba consumido como un asceta y comía con un ansia compulsiva. Su larga melena suelta, sus pies descalzos y la blusa, cuyos faldones le llegaban casi hasta la rodilla, le hacían parecer un Robinson que hubiera sobrevivido a un naufragio en una minúscula roca perdida en el mar. En su mirada había un gesto general de desconfianza y recelo, como si cualquier acontecimiento supusiera una amenaza.

Con la boca llena de fruta, José se dirigió a Paco.

—¿Cerraste bien la puerta? Están a punto de llegar las brigadas

del ejército que cercarán tu casa. De un momento a otro un megáfono nos gritará que nos rindamos. Gracias al teléfono tienen la prueba definitiva. Yo soy un vulgar traficante, y tú, un miserable cómplice logístico que te beneficiarás de una comisión por alojarme.

José interrumpió sus palabras con una carcajada.

—¡Vete a la mierda, tío! —repuso Paco—. Yo me voy hasta el bar de la playa a devolver la pasta. Si quieres venir, espabila.

Acto seguido se separó de la puerta y se encaminó a la habitación de matrimonio.

—¡Espera hombre! Quiero pedirte otro favor. Deseo ducharme. Consiente en ello y obtendrás los beneficios de una obra de misericordia que a Cristo no se le ocurrió en aquellos tiempos de cochambre: *dar de duchar al sucio*.

José rompió de nuevo a reír y se asomó al pasillo.

—Vamos, Paco, no te enfades. Además podrías prestarme alguna ropa limpia y después yo te acompaño a donde quieras —dijo y después mordió de nuevo la manzana.

Paco entró en su habitación. Un olor suave y femenino lo envolvió recordándole que aquél no era su territorio. Todo estaba meticulosamente ordenado y limpio; todo transmitía una rigidez, una sensación de opulencia y perfección que, procediendo del éxito, lo excluía a él.

—¿Has decidido ya? —oyó que le preguntaba José—. ¿Me das permiso?

—Vete a la mierda y apura. Te espero diez minutos como máximo —gritó Paco lleno de cansancio al tiempo que se sentaba en la cama y perdía la mirada en el ventanal, en el cielo.

—¡Seré raudo como un rayo, amigo! —respondió José, y luego se puso a cantar camino del baño—: *¡Pentiti! ¡No! ¡Pentiti! ¡No! ¡Pentiti! ¡No! ¡Si! ¡No! ¡No! ¡No!*

## 9

José había colocado la cabeza bajo el potente chorro de la ducha, que allí se rompía para discurrir por el resto de su cuerpo descompuesto en mil cursos de agua. El calor y el bienestar paliaban algo la decepción que embargaba su ánimo, pero desearía aliviarlo aún más con una total impasibilidad, como si fuese un asceta.

¡Aún sería mejor ser la estatua de un dios! Su memoria le trajo la imagen del gran *tirthankara*, un coloso *jaina* de casi veinte metros

que había visto en un templo cerca de Belur, en Karnataka. Cerró los ojos para recordar cómo la intensa lluvia del monzón descargaba violentamente sobre su pulida superficie y resbalaba hasta salpicar a los devotos que oraban a sus pies. Su rostro de piedra permanecía rígido e indiferente ante esa devoción y mantenía fija la mirada en el horizonte, absorto en su renuncia del cuerpo y de los sentimientos.

La sensibilidad virtual del cáñamo hizo que José imaginase cómo sus mejillas, sus párpados y su tronco se iban transformando en una sustancia mineral hasta sentirse por completo como aquella gran estatua de piedra, mojado, impertérrito e indiferente, aunque no ante el fervor, sino ante la traición de los amigos.

Después experimentó cómo su cuerpo crecía de forma vertiginosa, proyectándose hacia los cielos, hasta convertirse en una inmensa montaña: un peñón gigante de Picos de Europa o el Himalaya.

Cuando abrió los ojos, su sexo le pareció un saliente de roca desde el que una gran catarata se precipitaba en un abismo insondable. El vapor caliente ascendía desde el suelo y envolvía de niebla el valle en el que se asentaban sus pies.

Por un momento la intensidad de la alucinación le hizo sentir vértigo. Para su imaginación, desorientada sobre las medidas y las proporciones, su cabeza estaba realmente en un extremo del gran precipicio que formaba su cuerpo.

Siguiendo un gesto instintivo, apoyó las manos en la pared alicatada del baño, respirando con agitación. En aquel momento se sentía desamparado. Le hubiera gustado que unas manos ajenas lo protegieran con un contacto amable y después lo cuidaran, por ejemplo, lavándole la melena. Era algo muy placentero que le hacía Susanne, la joven a la que tanto había amado en India durante las estaciones de su viaje desde Delhi a Goa.

A Ángel también le hubiera gustado lavarle el pelo a su amigo porque le apasionaban los cuerpos y sus servidumbres. En Lisboa, Sarahi le había dicho a José que Ángel estaba enfermo. Desde hacía años padecía periódicos procesos infecciosos, cada vez más intensos y frecuentes. José recordó cómo lo había visto en su viaje anterior. Estaba más consumido que él mismo; unas bolsas violáceas rodeaban sus ojos y los dientes tenían un color amarillento y sucio. Había algo repugnante en su aspecto, como un brillo de cera que hacía pensar que la muerte se había instalado en

él para pudrirlo antes que para matarlo. Lo recordaba tendido en un diván inyectándose morfina. Cuando se alivió con la droga, hizo que Sarahi se desnudara para enseñarle a José la pureza que conservaba su cuerpo. Era una costumbre derivada de su carencia de pudor: disfrutaba haciendo partícipes a los amigos de la belleza de su mujer, y Sarahi le obedecía como si cediera al capricho de un niño moribundo.

¡Qué ojos tan tristes tenía Sarahi en Lisboa! Cuando se encontraron en un hostel de Alfama, comieron algo y después se acostaron. Dormían en la misma habitación como permitía su familiaridad, y pudieron hablar largamente con la luz apagada. Ella le dijo que Ángel estaba mal. Después de que José hubiera regresado a India, pasó unos meses muy buenos, recuperando peso y sometándose a tratamientos sustitutivos, pero volvió a aparecer una infección y, en la desesperación, Ángel volvió a consumir frenéticamente opiáceos. Sarahi no quiso dar detalles, pero la tristeza de sus preciosos ojos no se iba de la memoria de José. Tampoco la agitada respiración de su sueño cuando se quedó dormida.

Ya recuperado de su vértigo, José se colocó de nuevo bajo la ducha. Era muy agradable sentir ahora aquel chorro poderoso y cálido dando forma a su melena, arrastrando el jabón que retenía su pelo, fluyendo a lo largo de su cuerpo como si fuese el agua vivificante de un río sagrado... Los pensamientos se hacían serenos con el chapoteo que acompañaba a aquella corriente hasta el desagüe de la bañera...

¡Sus amigos no podían traicionarlo! Seguro que existía una razón que explicase el malentendido del teléfono, ¡porque tenía que ser un malentendido! Aquella voz había dicho finalmente *"por favor, no me molestes más"* con amargura. A través del teléfono, sí...

En medio del estruendo del agua, José creyó oír un timbre. Se separó súbitamente del chorro y trató de oír mejor.

¡Sí! ¡Era el timbre del teléfono!

Cerró los grifos del agua, plegó la cortina con un solo movimiento de su brazo y se aprestaba a salir de la bañera cuando oyó cómo Paco descolgaba.

—¿A qué número llama?

José sintió inquietud al oír aquella pregunta y salió de la bañera todo lo rápido que pudo.

—Espera, Paco, seguro que es para mí —dijo.

Chorreaba agua y, cuando estaba acercándose a la puerta lleno de urgencia, oyó de nuevo a Paco:

—Sí. Es ese número pero aquí no hay ningún José.

A José le exasperaba la torpeza de sus movimientos.

—Paco, es Hari, un amigo mío. ¡Espera! —gritó con malhumor.

Paco no le hizo caso.

—Habrá tomado mal el número. Lo siento. Adiós.

Cuando José llegó al pasillo, vio cómo su amigo colgaba.

José se detuvo y, produciendo un charco enjabonado, comenzó a tiritar de frío e irritación.

—¡Eres un cabrón! —exclamó.

Paco le contestó con frialdad.

—Te he dicho que no quiero coñas en mi casa. Dúchate rápido. Yo te espero abajo, en el estudio.

José permaneció quieto, tiritando y en silencio mientras Paco desaparecía por las escaleras.

¡Era una cabronada imposible de perdonar! Seguro que Hari ya tenía toda la información. ¡José se moría de curiosidad! Necesitaba informarse para recuperar la quietud de su ánimo y disipar la incertidumbre.

—¡Eres un gran cabrón, Paquiño! —gritó con una voz quebrada por la tiritona.

Cuando consiguió romper su inmovilidad para regresar al baño, José pensó que no tenía por qué rendirse a Paco. Iba a salirse con la suya... aunque también podría telefonar a Hari desde el bar de la playa. ¡Sí! ¡En esa circunstancia era mejor no ponerse a discutir! No había tiempo que perder. Tenía que apurar.

El espeso vapor que salía del baño se deshilachaba en el pasillo como una informe expresión de furia.

## 10

—Estrella está deslumbrada por ese profesor italiano —dijo José desde arriba.

Su irónica voz paralizó de nuevo a Paco que, en el estudio, tuvo la sensación de que José acabaría imponiéndose en todo, de que rápidamente lo invadiría todo. Acababa de dejarlo arriba, humillado ante su autoridad y ansioso de venganza, y súbitamente se daba cuenta de que todas las cosas en las que podía refugiarse para olvidarlo, como sus cuadros o el silencio, estaban afectadas por perturbaciones que se debían a José y le imponían su presencia.

—Ella me dijo su nombre. Se llama Paolo Gasparini.

José forzaba la voz para que Paco pudiera oírlo bien. ¡Ante aquel bombardeo de palabras, a Paco, en su casa, sólo le quedaba su propio cuerpo para atrincherarse! Protegiendo doblemente su vientre, cruzó las manos que había metido en los bolsillos de la zamarra y contrajo los hombros para aliviar la sensación de frío que aumentaba con su inmovilidad. Allí abajo, en su territorio, no disponía del confort de los espacios acabados y calientes que Estrella había conseguido en el piso superior: los arreglos del estudio los tenía que pagar él.

—Al parecer es un gran especialista en la Teoría de los géneros literarios.

El color amarillento con que el sol tiñó de repente la luz nubosa de la tarde pareció ennoblecer los cuadros que se acumulaban en el estudio. Paco trató de mirarlos como si formasen una exposición nueva que, sin querer, José hubiera preparado anoche al ordenarlos según sus preferencias. Casi todos los que había colocado en primer plano eran viejos y ya los conocía. Estaba claro que no había buscado en ellos la belleza, sino sus propios recuerdos. Paco no quería perderse en la misma búsqueda.

—Yo en tu lugar estaría preocupado. Era formidable la pasión con que Estrella me hablaba de él.

Girando sobre sí mismo varias veces, Paco recorrió con la vista todas las paredes del estudio. Con ese movimiento, los lienzos perdían singularidad y definición, amalgamándose con los demás y con el brillo intenso del ventanal para crear un gran y único cuadro.

—Para una persona como tu mujer debe de ser magnífico encontrar inteligencia y comprensión en un hombre maduro y rico.

Un poco mareado por el movimiento, Paco se detuvo dando la espalda al ventanal. “¡Qué buen cabrón era José!”, pensó mientras recuperaba plenamente la sensación de equilibrio. Frente a él estaba un cuadro viejísimo, al menos de hacía quince años, de cuando su padre le había permitido abandonar los estudios y lo había puesto a trabajar con un ebanista en el pueblo. Un adolescente, sentado y atado a una silla, padecía porque algo estiraba con gran violencia su cuello. Se le veía de frente y era como si estuviera en una cámara de tortura, gris y cenicienta. Aunque era difícil reconocer sus facciones, José le había servido de modelo. Paco recordó las tardes de invierno, cuando llegaba a casa desde el taller del ebanista, ayudaba a su abuela con la caja del bazar y aprovechaba después de cenar para sentarse ante aquel lienzo y dar algunas pinceladas en las que llevaba pensando todo el

día. Todo frío y húmedo y lento.

—¿Te imaginas lo que podría disfrutar con él? Le impresionó mucho el aspecto sereno y venerable del profesor. ¿Tú lo conoces? Debe de ser un hombre especial.

¡Mierda! Paco concentró la vista en otro cuadro y también afloraron los recuerdos. Una gran mancha sinuosa de color sanguina, que se degradaba hacia arriba en un área menos densa y sobre la que se trazaban rayas negras verticales, había sido en su momento una apasionada añoranza del paisaje de su pueblo. Lo había pintado en Madrid hacía unos seis años, pretendiendo la conquista de alguna galería prestigiosa. Allí, los tejados ocres, que veía desde el piso en el que su hermano residía mientras estudiaba la carrera, se transmutaron en las elevaciones de los montes que rodeaban el valle de su casa, quemados y abruptos; y, en primer término, una esquemática figura desnuda, reclinada en una roca roja, contemplaba la línea del horizonte: era el artista, empobrecido pero digno, dominando todo aquel paisaje, creado por su memoria.

—Al parecer la invitó a ir a Roma. Eso no lo entiendo bien. Estrella me dijo que era profesor en Pisa, pero la invitó a Roma. En Roma debe de tener su picadero. Para hablar de la teoría de los géneros será mejor un ambiente íntimo... —dijo José, y se echó a reír con un deje ponzoñoso.

Paco, refugiado en sí mismo, pensó que aquel amasijo de lienzos era como un cielo estrellado: la expresión de un universo cerrado y cada vez más contraído, del que nada podía escapar, en el que todo se acumulaba y añadía. Aunque al contemplarlo daba la impresión de que todo lo que se veía existía en ese momento, en realidad uno estaba viendo distintos trozos y grados de pasado. José había puesto ante sus ojos imágenes de hacía quince, veinte, tres, ocho, seis, un año. Era el firmamento de Paco y hablaba de cosas que habían acabado para siempre. En él estaban representados todos los años pasados desde que comenzó a pintar porque casi nada de lo que hacía conseguía escaparse de su cuidado: no le interesaba a nadie más y él no tenía valor para destruirlo. Dentro de unos cuantos años toda su casa estaría invadida por los objetos que él iba creando: ¡sería sepultado por ellos!

—No conozco Roma. Me encantaría ir allí. Tampoco conozco Sevilla. Son dos ciudades que seguro me fascinarían. En Roma vive don Paolo y en Sevilla Don Juan. ¡El Gran Don Giovanni! Roma y Sevilla, todas tierras calientes.



Paco sintió casi físicamente cómo aquella enloquecedora abundancia de formas y colores que venían del pasado estaba cegando su capacidad para concebir nuevas ideas e imaginar nuevas expresiones. Tendría que quemarlo todo, deshacerse de todo eso; incluso de aquel infantil retrato de su madre que había pintado copiando de una fotografía poco después de que ella muriese... pero ese pequeño lienzo apoyado en el suelo traía al presente el ambiente lúgubre que había anunciado su inminente fracaso en los estudios y había expresado con ingenuidad un dolor y un abandono que sintió muy profundamente. ¡No podía destruir aquella memoria de su infancia! Le sería más fácil desgarrar el gran cuadro que estaba detrás: una imagen roja y luminosa de Estrella.

—Paco, ¿y si el Paolo ése fuera una reencarnación de Don Juan? Estrella parece vulnerable a la seducción del dinero y la inteligencia, como muchas de las víctimas de aquel burlador legendario.

Paco se abrigó aún más con su zamarra, buscando protección. Aquel cuadro le producía una irritación especial: era su mejor impostura. Una Estrella, descalza y enfundada en una gruesa bata roja, miraba un lienzo en el que se representaba su figura desnuda. Acababa de posar y el artista le enseñaba su trabajo. El artista —un simple volumen sin rostro— estaba entre las dos imágenes y con un brazo señalaba el cuadro mientras el otro se deslizaba por detrás de la modelo, apoyándose en su hombro. ¡El artista, el trabajo y la modelo aparentemente unidos por la familiaridad del amor! Paco acababa de instalarse en la ciudad, y se sentía libre y poderoso. Había accedido a la condición de pintor, abandonando el trabajo en el taller de ebanistería del pueblo. Alquiló un gran bajo de una casa construida en los años sesenta en un barrio popular. El estudio resultaba luminoso porque daba a un patio interior en el que algunos vecinos cultivaban hortalizas y patatas, y otros flores, y otros almacenaban materiales. Allí mismo preparó un dormitorio y llevó todas sus cosas. Había un aseo sin ducha, pero consiguió una pequeña bañera de latón y calentaba el agua en un gran puchero gris. No cocinaba, salvo recalentando cosas o preparando infusiones en un infernillo eléctrico. ¡Tenía tanta esperanza! ¡Se sentía tan fuerte!

—¡Oye, Paco! Te preguntarás por qué me contó todo esto a mí y no a ti. Créeme que yo le insistí para que hablara contigo, pero ella no quiso. Quizás ya esté deseando quitarte de en medio.

Una tarde apareció allí Estrella acompañando a unos amigos. Hacía años que no se veían. Fue tan agradable reencontrarse y evocar

sus recuerdos comunes. Paco la invitó a volver y ella lo hizo con frecuencia. Había aprobado sus oposiciones como profesora de una Escuela Universitaria y vivía sola en la ciudad. A veces comían juntos fuera y volvían al estudio a tomar café. Hablaban mucho de pintura y de libros.

En una ocasión Estrella le regaló a Paco un gran catálogo de Munch: "El artista y sus modelos", se llamaba. Estrella adoraba el expresionismo: la potencia de los colores y el vigor de los temas. ¡Paco agradecía tanto el interés que le mostraba! Estrella era el apoyo que necesitaba: le abría nuevos mundos intelectuales, le formulaba opiniones cultas y, además, le expresaba una sólida confianza en su talento. Ojeando juntos el catálogo mientras tomaban un café, Paco le propuso a Estrella que posara para él. Era una tarde tibia y primaveral. Ella encendió un cigarrillo un tanto confusa y se levantó acercándose hasta la puerta que daba al patio. Paco esperó sentado. Ella se dio la vuelta y lo miró un buen rato. Después de unos instantes, Paco sintió cómo súbitamente el deseo se instalaba entre ambos. Se levantó mientras Estrella se le acercaba y se fundieron en un abrazo apasionado, besándose.

—Yo en tu lugar, Paco, vigilaría. Puedes verte cuando menos lo esperes teniendo que hacerte cargo de esta mansión carísima y ella ¡puerta... camino de Roma! ¡A la conquista del Imperio!

Paco pintó varios cuadros para agradecerla. Contemplaba el cuerpo desnudo de Estrella, sentado o erguido ante él, y quería complacerla representándola con pinceladas llenas de color y energía, pero en cada trazo sentía que se engañaba a sí mismo, que se desorientaba. Él necesitaba construir muy lentamente los cuadros. Él amaba la reflexión y la composición rigurosa y precisa. Él no podía expresarse con trazos espontáneos y sueltos. Paco recordó cómo acalló su conciencia manchando de rojo el espacio de la bata y cómo prescindió de concretar su imagen de artista, resolviéndola precipitadamente con cuatro líneas rígidas.

—Las mujeres pueden hacernos mucho daño, Paquiño.

La voz de José sonó triste y amigable, y calló.

Paco se dio cuenta de que le había llegado desde el pasado el dulce recuerdo de un afecto que se había perdido. Ahora Estrella y él se amaban sin hablarse, buscándose con crudeza. Hacía tiempo que Estrella no le acompañaba mientras pintaba. Incluso dudaba de que conociera de forma concreta su obra reciente, que no tenía nada de expresionista: cuando entraba en el estudio era para dar recados o transmitir instrucciones...

¿Qué sentido tenía remover en esa pérdida? No se podía hacer nada. ¿Por qué seguía allí plantado? Sería mucho más relajante esperar en la terraza y olvidar.

Paco sorteó los dos canutos de José que estaban en el suelo, cerca del archivador, de los papeles desperdigados de Estrella y del rastro seco del licor café en el cemento.

—¿Bajas de una puta vez, José? —gritó a través de las escaleras.

Al abrir la puerta que daba a la terraza, el aire húmedo y espeso del mar hizo que su lúgubre ánimo se disipara.